

# LUCIANO Y LA HISTORIA

Del centenar aproximado de obras que salieron del cálamo del polifacético e inquieto Luciano (125-195), nos interesa para este modesto intento, su única obra de crítica histórica titulada «Cómo se ha de escribir la historia», que es el primer trabajo de este género, aparecido en la antigüedad, que está dirigido contra la corriente novelesca, servil y aduladora de la historia de su tiempo y cuyos preceptos, más o menos explícitamente, encontramos desperdigados en los historiadores anteriores a Luciano, que supo condensarlos, actualizarlos y legarlos a la posteridad. Como dice Tovar, esta obra es «una crítica de ciertos estilos contemporáneos de escribir historia, y a la vez una verdadera preceptiva del género historiográfico, que entre los griegos siempre se mantuvo a una gran altura»<sup>1</sup>.

Para centrar y valorizar el esfuerzo de Luciano en su punto, mejor será dividir este trabajo en dos partes: «Visión de la historiografía griega hasta Luciano» y «Concepción lucianesca de la historia», que pasamos a desarrollar sin más preámbulo.

## I.—VISION DE LA HISTORIOGRAFIA GRIEGA HASTA LUCIANO

La historiografía griega, aunque de un modo embrionario, da el primer paso con los logógrafos, que aparecen a mediados del s. VI a. C. Por vez primera, el historiador individualizado —así es, a grandes rasgos, el logógrafo—, busca, indaga, averigua, comprueba y ordena, si puede, los datos que forma-

---

<sup>1</sup> A. TOVAR, «*Luciano*», Ed. Labor, Barcelona, 1949, pp. 50-51.

rán el cuerpo de la obra en la que no puede faltar lo maravilloso, herencia del pasado. El logógrafo expone libremente los sucesos, con las pruebas y demostraciones pertinentes, e interpreta la suma de los fenómenos históricos: busca siempre y fusiona el principio natural de causalidad con el carácter humano de la historia. No podemos tampoco silenciar, como gran conquista de los logógrafos, el dualismo, que preside la historia de su mundo, antinomia de griegos y bárbaros o, mejor dicho, griegos y persas. Así, Cadmos de Mileto y Acusilao de Argos se aplican al pasado de sus patrias respectivas, mientras Carón de Lampsaco, Jantos de Lidia y Dionisio de Mileto, entre otros, se dedican al imperio persa, gran amalgama de los viejos pueblos del Oriente entonces conocido.

Por encima de todos los logógrafos destaca Hecateo de Mileto, el verdadero precursor de Heródoto en el sentido más genuino de la palabra. Este trifacético —viajero, historiador y geógrafo de una pieza— personaje desempeñó un papel muy importante en la rebelión de Jonia, en tiempo de Darío. Además de varias «Genealogías», escribió «Recorrido de la tierra», que en los trescientos fragmentos conocidos, nos da una idea completa de sus dos libros o partes, que tratan de Europa y de Asia vistas con ojos de geógrafo, que intercala digresiones de carácter histórico y etnográfico, en una obra que obtuvo un éxito extraordinario. Pero lo que más nos interesa de Hecateo, según ha visto acertadamente J. L. Romero, es su actitud cognoscitiva, así formulada por el logógrafo: «Escribo lo que creo ser verdad: porque las historias de los griegos son diversas y me parecen ridículas». «De esa actitud, que supone un inusitado espíritu crítico, nacerá la historia»<sup>2</sup>.

Con el nacimiento de Heródoto en Halicarnaso hacia 485 a. C., el criticismo da un paso muy importante en el conocimiento de la historia. Tuvo el «Padre de la historia» la suerte de tener por tío al poeta Paniasis, autor de una epopeya que se ha perdido, y de recibir la más esmerada educación helénica.

---

<sup>2</sup> S. L. ROMERO, «De Heródoto a Polibio». Ed. Espasa-Calpe, Argentina, S. A., Buenos Aires, 1952, p. 40.

Fué un buen viajero. Visitó Samos, Lidia, el Ponto, el Delta egipcio, Cirene, la Magna Grecia y la Grecia continental. Seguramente vió más regiones. En sus derroteros el historiador siguió las principales vías conocidas por los mercaderes y aunque, por lo general, se detuvo poco al final de cada etapa, renovó y maduró el saber adquirido y recogió valiosas experiencias. Hay que resaltar su estancia en Atenas, durante los mejores días de Pericles en los que aparecen los primeros sofistas, que dejan su fuerte huella en las ideas de Heródoto. Producto de los viajes y de la ilustración ateniense fueron las «Historias», que vienen a ser una narración de los sucesos acaecidos en los territorios por él visitados, exordio larguísimo que precede los libros VI-IX del conflicto entre Grecia y Persia. Toda la obra de Heródoto gira en torno de este conflicto, por lo cual arranca de los más lejanos orígenes de los contendientes, estudia los antecedentes y analiza los preparativos bélicos. Heródoto quiere ser ya un historiador político. Lo social y lo económico escapan casi siempre a la atención del historiador, que sólo los percibe pálidamente en el más alto plano de la política. Heródoto es ya un historiador de la cultura, que vislumbra la fundamental complejidad de la historia y la necesidad de estudiar cada uno de los elementos, que arrancan de las raíces del hecho primario. Con su curiosidad, etnográfica, geográfica e histórica, Heródoto procura y pretende dar con el secreto y la clave del comportamiento histórico de cada pueblo. La curiosidad es para Heródoto el instrumento, mientras lo fundamental para él es el sentido histórico. Para el «Padre de la historia», tan empapado de tragedia, la historia es un drama descomunal, cuyos actores deben ser caracterizados y descritos. Heródoto procuró ser imparcial y debe reconocer este esfuerzo volitivo el lector que se coloca sucesivamente en cada uno de los dos bandos antagónicos de las guerras médicas. La oposición de dos culturas informa toda la obra de Heródoto, que es un relativista, por aludir constantemente a las equivalencias culturales. Heródoto es, además, un pragmático suavizado por la comprensión y un ligero pesimismo, cohibido por varios prejuicios religiosos, que le obligan a esquivar hábilmente, antes que caer en una actitud sacrílega, los fenóme-

nos inexplicables a base de datos humanos. De vez en cuando, su espíritu crítico funciona con cierta precisión, cuando decide declarar su opinión. A base de la psicología individual, estudia los determinantes humanos, y su tope criticista es la verosimilitud, que le sirve para deshacerse de los datos insostenibles, aunque sea insuficiente para dar con la indiscutible verdad, meta de la historia. Sintetizando, debemos decir con J. L. Romero, que Heródoto «acompaña el movimiento de transición de la epopeya a la historia política, y avanza, además, hacia la conquista de una fundamentación histórico-cultural de los acontecimientos que relata»<sup>3</sup>.

Con Tucídides (460-395) la historiografía griega sigue su marcha ascendente. Tucídides escribe para ser útil y se desentiende del posible entretenimiento o agrado que, en primer lugar, pudieran emanar de su obra. Esa utilidad estriba en la ley interna del proceso histórico así formulada: «Puede esperarse que ocurran los mismos acontecimientos de la misma manera que han ocurrido en el orden de las cosas humanas»<sup>4</sup>. Descubre que la dinámica interestatal está movida por el principio del equilibrio de poderes y de la lucha constante por la supremacía hegemónica. Tucídides rebasa, por vez primera, los límites definidos por la épica en cuestiones de política y guerra y fundamenta la historia sobre la política. Los estados deben aspirar a la hegemonía, y aquél que deja de hacerlo se resigna fatalmente a la dominación. Fué Tucídides un historiador, dotado de espíritu crítico en grado sumo, que llegó a un alto nivel de exactitud, que la posterioridad ha confirmado o confirma casi totalmente. La sofística le hace prescindir de la intervención de los dioses y le obliga a pensar, que la historia es un dominio propio del hombre. Siempre procura ser objetivo y ecuánime, hasta el punto de que sacrifica a menudo el dulce encanto de su antecesor Heródoto y de su sucesor Jenofonte.

Después de Tucídides, la historiografía griega presenta un

---

<sup>3</sup> Idem, p. 73.

<sup>4</sup> Idem., p. 80.

franco retroceso con Ctesias y Filistos, retroceso superior a la representada por Eforo y Teopompo, historiógrafos retóricos. Filistes imitó el estilo conciso y rápido de Tucídides, bajo cuya influencia se mantuvo en la concepción de la historia. Ctesias resultó ser un logógrafo rezagado, con mentalidad propia de un novelista. Eforo y Teopompo, discípulos de Isócrates, cuyos discursos giraron sobre materias históricas, en la formal, no descuidaron la búsqueda minuciosa de datos. Eforo escribió una «Historia general del mundo», que empezaba con el regreso de los Heráclidas y llegaba hasta el año 340 a. C., y cuyas páginas están presididas por un cierto racionalismo crítico. Simultáneamente Teopompo escribía una «Helénica», que abarcaba de 410 a 393 a. de C., y una «Filípica», que empezaba en el año 362 a. de C., y terminaba con la muerte de Filipo, además de un «Compendio de Heródoto».

Jenofonte (430-355) ocupa un puesto meritorio en la historiografía griega, aunque a menudo resulte un historiador mediocre y ello, entre otras cosas, debido a la espartonofilia, que le volvió parcial y ciego en sus juicios y visiones ante los hombres y los acontecimientos. El hombre es para él la última realidad de la historia subsistente y persistente, cuando los grupos históricos sociales pierden sus características y se entremezclan. En los «Memorables», la «Análisis», y «Agesilao» el hombre está siempre en el primer plano. En las «Historias helénicas», del estilo de Tucídides en lo exterior, y en «la Constitución de los Lacedemonios», Jenofonte se esfuerza por dar con las causas del fracaso de Esparta, que era su última esperanza como ideal político. El determinismo de Tucídides, que será, con el tiempo, un tema filosófico-histórico, se perfecciona con Jenofonte, que ve cómo los regímenes esplendorosos al principio, van menguando en excelencias, llegan a ser estériles y precipitan en crisis a la colectividad.

Luego cabe mencionar individualmente, entre otros muchos, cuyas obras se han perdido, a Beroso, Manetón y Timeo. Beroso escribió la historia de Caldea, narrada en su parte más remota, conforme al estilo tradicional, que iba trocando por el moderno, a medida que los testimonios iban creciendo, de tal forma que la exactitud de sus aseveraciones ha sido ple-

namente comprobada por la erudición moderna. Una actitud y unos caracteres similares presenta la historia de Egipto de Manetón.

Por lo que a Timeo (346-250, a. C.) se refiere, merece párrafo aparte. Escribió una descomunal «Historia de Sicilia», seguida de una «Historia de Pirro», que se extienden desde los orígenes míticos hasta el comienzo de la primera guerra púnica, y que han sido tildadas de sumamente apasionadas, bien obligan, a través de los fragmentos conservados, a rehabilitar por lo general al historiador, tan malparado por Polibio, y a decir que fué un varón muy escrupuloso y un buen conocedor de la importancia de la cronología en la historia. No se puede silenciar tampoco el hecho de que, en las obras citadas, se podía seguir también la historia de Italia meridional y la de Cartago, y que la obra toda abundaba en digresiones valiosas de doble carácter, etnográfico y geográfico, sobre los iberos, los celtas, los galos y los ligures.

En torno de los tres historiadores citados, está el séquito de historiadores —merecen un recuerdo no anónimo Ptolomeo, Soter y Nearco— y pseudohistoriadores de las empresas de Alejandro Magno, autores de memorias personales, de atidógrafos y de biógrafos, casi todos peripatéticos, el más caracterizado de los cuales es Sátiro, cuya «Vida de Eurípides» en texto bilingüe puede leerse en una reciente edición parcial de Eurípides presentada por Tovar <sup>5</sup>.

Polibio (202?-120?) se propuso ofrecer una historia universal, que revelase las características de su tiempo y permitiese deducir los rasgos peculiares del futuro. Para él la historia es la suma de las relaciones interestatales y del factor intraestatal. La unidad política es la colectividad que tiene su genética como colectividad y como orden político. Y sobre este dualismo gira la vida históricosocial. Polibio procura siempre ver en qué etapa de su desarrollo se halla el estado, cuya preemi-

---

<sup>5</sup> EURIPIDES, «*Alcestis, Andrómaca*», texto revisado y traducido por A. TOVAR, vol. I. Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, Ediciones Alma Mater, S. A., Barcelona, 1955, pp. 7-16.

nencia, influencia o importancia dentro de su área, depende de los productos naturales y de las virtudes de los ciudadanos. Mientras el estado está en la cumbre, la significación es máxima, pero cuando llega el ocaso, es imposible recobrar la grandeza, que mengua fatalmente, pues la  $\tau\omicron\chi\eta$  rige la vida histórica, por encima de la naturaleza humana y de las colectividades, únicos elementos permanentes. Así es Polibio en su primera etapa, que termina cuando el historiador se deja influir por el estoico Panecio filosóficamente, y ordena cronológicamente, siguiendo a su mortal enemigo y predecesor Timeo, su obra por «Olimpiadas», conforme al axioma de que la historia transcurre total e inmutablemente de acuerdo con la naturaleza.

Polibio, como Heródoto, enlaza íntimamente la historia con la geografía. El libro XXXIV estaba totalmente dedicado a una visión geográfica del imperio romano.

Diodoro de Sicilia (s. I a. C.) escribió una «Biblioteca histórica», historia universal en cuarenta libros, que nos ha conservado una multitud de datos, sin que se vea sentido filosófico-histórico por ningún sitio. Contemporáneos suyos inferiores fueron Nicolás de Damasco, Juba de Mauritania y Dionisio de Halicarnaso. En la época de Augusto es de justicia mencionar a Estrabón, por su obra «Estudios históricos», que no nos ha llegado, porque intenta explicarnos cómo la misión histórica de los pueblos está influenciada por el clima, el relieve y la hidrografía. Historiador muy inteligente, aunque conocedor mediano del griego, es Flavio Josefo. Forzoso es citar aquí a Plutarco (46-120), el creador de la biografía histórica, vista por un moralista enamorado de Grecia. Contemporáneos de Luciano —que fallece aproximadamente cuando Dión Casión ha rebasado los treinta años— son los historiadores serios y sólidos, aunque poco originales, Arriano y Apiano.

## I I

## CONCEPCION LUCIANESCA DE LA HISTORIA

Luciano de Samosata nos dió su criterio, según ya dijimos, sobre la historia, en el opúsculo titulado «Cómo se debe escribir la Historia». El escritor griego encontró ocasión de hacerlo, después de una serie de quebrantos sufridos por los ejércitos romanos, en la guerra de Armenia, que tuvo lugar aproximadamente en 162 d. de C., y fué narrada por historiadores infimos de tercera o cuarta fila, cuyos relatos se han perdido casi totalmente, y que pretendían imitar a Heródoto, Tucídides y Jenofonte. Luciano no quiso pontificar en crítica histórica, pero sí quiso aportar su grano de arena, impulsado por un propósito docente. «La historia no es cosa que se deba tomar a la ligera, sino arte que requiere profunda meditación, si ha de ser cosa imperecedera, como sostiene Tucídides»<sup>6</sup>. Ese es el contenido de los cinco primeros párrafos. A continuación, el escritor griego nos enuncia los epígrafes de su opúsculo, en el párrafo seis, para entrar luego en materia propiamente dicha. Observa las limitaciones de aquellos historiadores, que prefieren el encomio del general o del príncipe amigo, en detrimento del enemigo, a la narración de los hechos, y de quienes adornan la historia con el ropaje de la poesía. Con todo, atinadamente, se puede elogiar y mencionar algo lo fabuloso. Después de afirmar que la hermosura, en efecto, consiste en dar a cada cosa lo que le es propio<sup>7</sup>, ataca a los aduladores, que son legión. Luego ridiculiza al historiador que inicia su relato con una invocación a las musas, y compara a un caudillo militar con el valeroso Aquiles, o a aquellos otros que se forjan la ilu-

---

<sup>6</sup> LUCIANO, «Cómo se debe escribir la historia», n. 5, en «Obras completas», II, traducidas directamente del griego por D. Federico Baraibar y Zumárraga. Biblioteca Clásica, Tomo CXXVIII. Librería de la Vda. de Hernando, Madrid.

<sup>7</sup> Idem., n. 7.



sión de que imitan a Tucídides, imitación que no pasa de la forma. A continuación, cae bajo la pluma del autor, el historiador que intitula su obra con un título como de tragedia, similar a éste: «Historias Párticas de Calimorfo, médico de la sexta de Contóforos» y escribe sucesivamente en jonio y griego común. Ahora es el turno del historiador que cree que, sólo el sabio debe escribir historia, seguido de un ataque a Heródoto, diciendo que ataca a un seguidor suyo, con otro ataque a aquellos historiadores medianos que, por superar su mediocridad, acuden a la descripción geográfica. No se libran del ataque de Luciano los historiadores excesivamente aticistas o poetizantes en demasía. No olvida tampoco Luciano a los historiadores que, con proemios brillantes y sublimes, hacen pensar en cuerpos de obra que no pasan de la vulgaridad, a los que mienten respecto a los lugares y a aquéllos, finalmente, que se entretienen en sucesos pequeños y son míopes ante los trascendentales, que apenas encuentran sitio o no lo hallan en sus páginas.

En el párrafo 32 concluye Luciano la parte negativa de la crítica, para pasar después de un pasaje de transición al 34, que señala el principio de la crítica positiva y constructiva. Un buen historiador debe tener dos cualidades esenciales: magna inteligencia política y vigorosa elocución. La primera está en el terreno puramente intelectualista, mientras la segunda puede colocarse en el terreno voluntarista. La primera es un don natural, mientras la segunda se puede adquirir. El historiador debe entender y dominar el arte político y el arte militar —suma de la vida pública— además de la vida privada. Tal varón debe, además, ser libre en sus aseveraciones, que no han de estar supeditadas a ningún interés ajeno a la historia. El historiador tiene que referir los hechos de acuerdo con la realidad, sin concesión alguna a la fantasía y a la imaginación. Esas cualidades debe tener y a esos principios tiene que atenerse el historiador, que aspira a que su obra responda al tucidídeo esquema.

El estilo debe ser sereno y noble, el sentido sustancioso y conciso, la dicción urbana y diáfana, para expresar y comunicar los hechos. El historiador, puede sentirse poeta, cuando apa-

rezcan a su vista formaciones de ejércitos y combates terrestres y navales. La colocación de las palabras debe obedecer al principio del justo medio; ni una colocación que resulte dura, ni una colocación que sea demasiado armoniosa al oído. Antes del relato el historiador debe someter los hechos a severa crítica. Lo ideal es que el historiador fuera testigo ocular. A falta de ello, el escritor necesita discernimiento agudo para elegir los hechos más probables, referidos por los testigos de oídas. El historiador tiene que evitar siempre la deformación de los sucesos. Terminada la preparación de los materiales, el escritor puede iniciar su obra con o sin preámbulo, según lo requiera o no, la magnitud y la importancia de lo narrado. Si se opta por el exordio, el historiador ha de prescindir necesariamente de la oratoria tercera parte, que pide, conforme con la tradición, la benevolencia de los oyentes, cosa que ya hicieron Heródoto y Tucídides. Terminado el exordio, breve o largo, el escritor pasará a la narración, la envidiable brevedad debe presidir los hechos, antes que las palabras y las frases. La descripción de montes, ríos y murallas no debe nunca sobrepasar los límites de la sobriedad. Cuando tenga que aparecer en el escenario de la historia un personaje que hable, el historiador puede lucir su dominio de la oratoria, con palabras adecuadas al individuo y a la coyuntura, dentro de la más pura claridad. La parquedad y la moderación deben presidir los encomios y las censuras. No debe darse crédito a fábula alguna que pueda insertarse en medio de la narración. Finalmente, con rotundidad concluye Luciano:

«Así debe escribirse la historia. Es preferible, diciendo la verdad, ganar el aprecio de los tiempos futuros, a obtener el aplauso de los contemporáneos con los atractivos de la adulación. Esta es la regla, esta es la balanza reguladora de la historia imparcial. Si se ajustan a ella los autores, tanto mejor, no habré trabajado sin fruto: si no, habré hecho rodar mi tinaja por el Cranio»<sup>8</sup>.

ANTONIO VIVES COLL.

---

<sup>8</sup> Idem., n. 63.